

Título: La vida desde abajo
Autor/a: Charlie

Nunca me canso de ver a la gente pasar por el mismo sitio todos los días. Podrá parecer raro por mi parte, pero os puedo asegurar que, viniendo de alguien de mi calaña, es lo más normal del mundo. Me gusta quedarme en la puerta del supermercado observando a las personas pasar, entrar, comprar un par de cosas y salir con la misma prisa con la que entraron. A veces también me paro a ver a la gente hablar. Me gustaría poder saber qué se dicen.

Hoy, estoy sentado en la puerta del supermercado. El dependiente me conoce y me deja quedarme dentro, pero no me gusta asustar a la gente. Es muy temprano y apenas hay nadie.

También me gusta pasearme por una plaza que se encuentra muy cerca de donde vivo. Oh, allí siempre hay un gran ambiente, adolescentes compartiendo experiencias mientras comen pipas en un banco, ancianos y ancianas que siguen la misma rutina de comprar el periódico en el quiosco de al lado... También hay adultos con sus hijos pequeños de la mano, niños que sólo tienen ojos para lo bueno, que traen frescura al mundo. No puedo evitarlo, de todas estas personas, mis favoritas son los niños. Ellos te miran con esos ojos muy abiertos y te señalan con sus diminutas manos, y son tan tiernos... Ojalá el mundo estuviera sola y únicamente ocupado por ellos.

Pero, desgraciadamente, no lo está. Y todos estos años de experiencia me han hecho ver que las personas pueden llegar a ser muy... raras. Por ejemplo, tengo la ligera sensación de que no disfrutan su vida plenamente. No digo todo el tiempo, claro está, pero es como si no se pararan a disfrutar de las pequeñas cosas. Las consideran tan normales que no se plantean si lo son de verdad o son pequeños lujos que millones de personas no

podrían permitirse. Y en parte lo entiendo, porque se han acostumbrado a ellas, aunque de vez en cuando estaría bien que se fijaran en lo que tienen, y se sintieran agradecidos. Sobre todo, que se sintieran agradecidos.

Yo no dejo de cuestionarme todas las cosas que haría si, por una vez en la vida, tuviera la mitad de las cosas que tienen ellos. Disfrutaría de las verduras frescas del supermercado, del olor a periódico en el quiosco de la plaza, intercambiaría gestos amables con todo aquel con quien me cruzara... Si tan sólo tuviera la oportunidad de ser como ellos, no malgastaría un solo segundo.

De repente, sacándome de mis pensamientos, entran unas mujeres mayores riendo, me miran un segundo y me saludan. Hacen que me acuerde de una señora que va todos los sábados al supermercado, sin excepción. Se arregla el pelo perfectamente, se pone su ropa limpia, recién lavada y se perfuma, sólo para ir a hacer la compra. Desde que la vi por primera vez, me acostumbré a seguirla. Camina lentamente con su carro de la compra de flores, y se para a saludar a sus conocidos cuando los ve. Siempre muestra una gran sonrisa al despedirse y continúa su camino. Cuando llega al supermercado, también saluda al dependiente y a la carnicera. Le pregunta al dependiente qué tal le ha ido esa semana y hablan durante un rato, tranquilamente. Después hace lo mismo con la carnicera, que es muy divertida y se ríen mientras la señora espera a que esté todo preparado. Me la imagino paseándose por los pasillos y eligiendo siempre las mismas cosas, las mismas marcas. Lleva años y años comprando allí. Luego, el dependiente le cobra y algunas veces le regala caramelos de café o chicles, aunque ella intente impedirselo. Cuando sale, como siempre, me saluda, y me da algo que lo que haya comprado. Se lo agradezco infinitamente, por eso se lo hago notar y esto hace que se ría y se ponga muy contenta.

La señora vuelve a su casa arrastrando el carrito de la compra lleno, cansada y al final, jadeante, sin dejar de esbozar esa sonrisa suya, que, aunque no nos demos cuenta, nos llena de calma.

Sí, supongo que con tanta prisa que tiene la gente de llegar a un sitio o al otro, con tanta intranquilidad y tanto estrés constantes, se les ha olvidado sentir que quizás son felices y que pueden hacer felices a los demás. Pero yo estoy muy agradecido, a esta señora, y a todas las personas que hacen del mundo un lugar mejor. Doy gracias a toda la gente bondadosa, compasiva, a la gente que no te aparta como si fueras basura, que piensa que mereces respeto y cariño como cualquier otro. Si tuviera que irme de este mundo, me quedaría con todo eso. Con la gente buena, con los niños tiernos, los adolescentes sensibles y los adultos comprometidos.

Todos al final estamos hechos de lo mismo.

De todos modos, ¿qué voy a saber yo, si no soy más que un simple perro callejero?